

LA BATALLA PERDIDA CONTRA LA ÉPOCA

DEBORD, Guy; « *Esa mala fama...* ». Pepitas de Calabaza, Logroño, 2011. 111 pp.

Después de Mayo del 68 Guy Debord desapareció. Una de las figuras más importantes de la actividad política y artística de finales de los años 50 y 60 dejó de dar señales de vida. La *Internationale Situationniste* declaró su auto-disolución en un texto publicado en 1972¹. Pocos gestos tan coherentes como éstos siguieron a todo lo que sucedió durante el mayo parisino. Mientras, los protagonistas de aquellos meses quisieron conservar su papel de *vedettes* de la escena política francesa, desmintiendo un compromiso que sólo meses antes se había presentado como un programa maximalista, mutando rápidamente en una gestión de una cierta fama. Justamente todos aquellos que habían pasado por ser los agitadores del Mayo (los Cohn-Bendit, Jean-Paul Sartre entre los más «mediáticos») pudieron conservar su parcela de poder intelectual y de creadores de opinión sólo a costa de quitar importancia a su proyecto primigenio de forma retrospectiva.

Sin embargo, en un mundo que ya se había descrito como falso, como espectacular, es decir, como un mundo en el que la imagen era más real que lo real mismo (*La société du spectacle*, § 1), aquello que sobrevivía después del 68 no podía ser él mismo más que imagen. El gesto más coherente para aquel que había apostado todo o nada a la destrucción de la sociedad del espectáculo y, por ende, al capitalismo industrial de los años 60, era desaparecer, asumir su derrota y dejar que otras generaciones hicieran el trabajo que no se había podido completar.

Por esta razón Guy Debord pasó de ser uno de los personajes más conocidos, y a la vez, más desconocidos, de los movimientos políticos y de vanguardia de la segunda mitad del siglo XX en Europa a convertirse en el personaje más busca-

do. Si bien nunca buscó el agrado de los media, aunque sólo al final de su vida tuvo interés en desmentir todos los rumores, todas las mentiras que se decían sobre su persona, durante su actividad en la *Internationale Lettriste* y luego en la *Internationale Situationniste* se preocupó porque la sociedad de su tiempo tuviera siempre presente dónde estaba, en qué tipo de sociedad desquiciada y asfixiante había que desarrollar la propia vida. Lo que le interesaba no era el culto a su persona cuanto la destrucción de la sociedad espectacular, usando para ello cualquier tipo de propaganda.

Después de que el Mayo francés acabase en las traiciones del Partido Comunista de Francia y de los pactos entre sindicatos y el gobierno de De Gaulle, Debord se retiró de la vida social, de la vida política, de la vida artística. Si antes era objeto de una atención que, sólo a veces, devolvía material con el que satisfacer la necesidad de desocultación del personaje, después del 68 ya sólo quedaba el rumor, la mentira, la manipulación para rellenar la necesidad de explicación de un personaje que había puesto la sociedad de su tiempo al borde del abismo.

Tras *La société du spectacle*, Debord siguió produciendo siempre al compás del desarrollo de la sociedad en la que vivía. De entre los numerosos textos que escribió destacan aquellos que tenían como intención el salir al paso de los rumores, de las manipulaciones que se iban extendiendo sobre su persona en revistas y periódicos de todo el mundo. Tras *Considérations sur L'assassinat de Gérard Lebovici* (1985) y *Panegyrique* (1989-1990), Debord escribió el texto que presentamos aquí como el último ajuste de cuentas con su época.

Este libro es un intento de pasar revista a todas las referencias sobre su persona y sobre sus textos desde finales de los 80 hasta principios de los 90, es decir, hasta poco antes de su muerte (1994). Aunque durante toda su vida fueron frecuentes los comentarios de otras revistas sobre las actividades de los grupos en los que estaba Debord, comentarios que casi nunca eran de su agrado, es en el momento en que desaparece de la vida pública cuando su interés parece centrarse más en esta lucha particular por la verdad de su obra y de su figura.

¹ *La véritable scission dans L'Internationale*, en DEBORD, Guy; *Oeuvres*. Gallimard, París, 2006, pp. 1087-1186.



Las referencias a Debord, que se encuentran diseminadas por cantidad de revistas y periódicos, la mayoría de ellos franceses, se dividen entre las que le tratan como un paranoico, al haber exagerado el alcance de la sociedad del espectáculo así como el papel creciente de las mafias dentro de los Estados europeos durante los años 70-80; las que le tratan como un «producto de época», es decir, el último dinosaurio de toda una retórica y de toda una forma de entender la política propia de los años 60 que, tras el Mayo, habría de caer en desuso y que después de la caída del Muro de Berlín habría quedado completamente desfasada; y las que le rinden un cierto tributo nostálgico caracterizado por la forma en la que interpretan de un modo completamente erróneo (a veces con pleno conocimiento de ello) sus análisis y los modos en que sus descripciones se iban adaptando a los acontecimientos.

Este libro pretende ser el último intento de Debord por reivindicar la verdad de su teoría. Si años antes había rechazado la posibilidad de la «interpretación» de los textos de la *Internationale Situationniste*, sólo quedando la posibilidad de la cita exacta, este último escrito hay que entenderlo como la enésima reivindicación de todo un pensamiento que no podía más que ser manipulado por la época.

Sin embargo, resulta extraño este mismo intento: ¿esperaba Debord que su época comprendiera sus escritos al pie de la letra?, ¿cómo podía esperar que su época no entendiese mal, consciente o inconscientemente, toda su vida si ésta estaba justamente dirigida a la verdad de una época que no quería ser consciente de ella? Esperar que la época aceptase su verdad, tanto la de Debord como la de ella misma que, en el fondo, se identificaban, no era más que esperar, de un modo completamente ingenuo, que la sociedad aceptara por sí misma su equivocación. Por este motivo ya vio Debord que el rechazo de su época, ya fuera en forma de manipulación de

su obra y su legado, ya fuera a través de la criminalización de su propia persona, era ya el signo de su éxito. Cuanto más se concebía a Debord como «el mal», más éxito suponía para su vida y su obra: el rechazo de su éxito era ya el éxito de su rechazo. Por este motivo, la megalomanía que desprende su producción, en especial este texto, es extraña. Debord no podía dejar de saber que intentar refutar todos los juicios contra su persona era una batalla que no solamente estaba perdida sino que era una batalla que no tenía sentido. El hecho mismo de entrar en discusión, de querer luchar por la verdad de su persona, no hace más que revelar que su concepción de lo que era él mismo, el personaje misterioso «Guy Debord» era también, de alguna forma, un ídolo que tenía que pasar a la historia en su verdad absoluta. No podía tolerar la mentira sobre su vida, sobre su obra. Aunque esa manipulación era ya el efecto absolutamente necesario de su actividad, sin embargo, decidió luchar contra ella, esperando que la época reconociese algo que no podía reconocer.

¿No podríamos pensar que, incluso alguien tan ajeno al mundo de la «industria cultural», del ámbito donde emerge la figura del intelectual, sucumbió a un cierto culto de la personalidad que es inherente a todo aquel que se considera como tal? Bajo la excusa de luchar contra la manipulación de su obra parece asomar un cierto interés en que se demuestre la verdad de su personaje. Su época tenía que entender mal su obra. Si Debord supo entender esto no tenía sentido la lucha por refutar todas aquellas malas interpretaciones, las manipulaciones, las injurias que esa misma época lanzaba contra él. Si la lucha contra la manipulación era una batalla perdida de antemano, ¿qué quedaba entonces? Nada más que Guy Debord, el personaje y su obra. Pero eso ya era suficiente.

Cristopher MORALES BONILLA